Ciudad y campo av. uruguaya Ver pags. 2-3-

AÑO XXVII. — Nº 1353.

EL DIA

MONTEVIDEO, ENERO 4 DE 1959

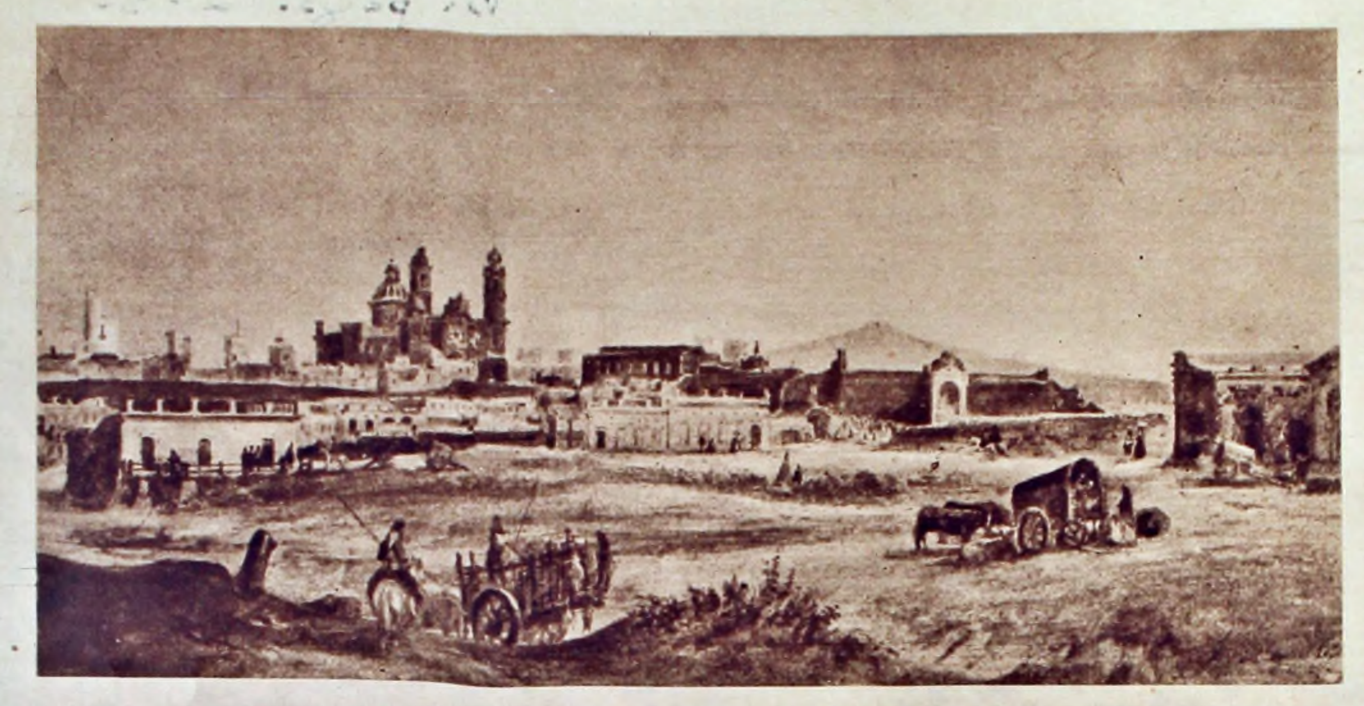
Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



LA QUEBRADA DE LOS CUERVOS —

Montes indígenas que remedan selvas exóticas, laderas de piedra recubiertas de vegetación criolla, y en lo hondo el agua que se arremolina entre los peñascos, y en lo alto una inmóvil corona de cuervos, hacen de este rincón de Treinta y Tres un lugar de bárbara y atrayente belleza natural

(Fotografía De Grandi)



Vista de Montevideo y del portón de San Pedro. (Acuarela de Adolfo D'Hastrel, 1839.)

La Ciudad y el Campo en la Civilización Uruguaya

EL PROCESO POBLADOR

El tema del ruralismo se ha convertido de un tiempo a esta parte en el *carrefour* de ciertas tendencias políticas nacionales. Ideólogos teóricos y propagandistas prácticos, espectadores e intérpretes los unos y actores e impulsores los otras, trasmiten cotidianamente a los habitantes metropolitanos las aspiraciones de un vasto grupo de tierra adentro que parece haber adquirido conciencia de clase y a la vez contribuyen —desde la ciudad— a formar dicha conciencia campesina. Dentro de muy poco la citada tendencia ruralista, merced al mecanismo político, tendrá una oportunidad administrativa para convertir sus juicios de valor en juicios de realidad. Pero esto va no cae en nuestra jurisdicción mental.

Los que hemos vivido en el campo con plenitud juvenil e irreflexiva y luego, radicados y ciudadanizados en Montevideo, hemos trazado el esquema nostálgico de un amor y una experiencia, tenemos la obligación de ubicar los fenómenos socioeconómicos del Uruguay rural en su verdadera órbita para luego comprender (o intentar hacerlo) la coyuntura nacional contemporánea de modo íntegro. *Non nova, sed nove*: no se habla de cosas nuevas sino de una manera nueva y hay que buscar el camino sin confundir las frases hechas con la problemática desnuda.

En primer lugar, es imposible hacer abstracciones de tiempo o de lugar. Los actuales acontecimientos uruguayos se encadenan más de lo que se supone con los del pasado rioplatense y americano. Para entenderlos hay que conocer el proceso económico, social y cultural de los últimos doscientos años desarrollado en los círculos concéntricos de lo nacional y lo internacional. Por otra parte, no hay un problema rural desvinculado del urbano, sino que campo y ciudad son valores complementarios que se definen recíprocamente.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta el pulso de la civilización, aunque muchos crean que la era de la técnica y las urbes mundiales es irreversible. Desde Abenjaldún a Toynbee los historiadores han demostrado que en el ciclo vital de las culturas hay momentos de urbanismo y de ruralismo, de concentración y de dispersión, de impulsos centralistas y de tendencias regionalistas. La ciudad, desde Ur en adelante, ha sido innovadora, amiga del cosmopolitismo, académica y técnica, secularizada, escéptica e industrial. El campo, a partir de la aureola aldeana de Mohenjo-Daro, es tradicionalista, poco afecto a lo extranjero, folklórico y dogmático en su estructura espiritual, conservador en sus costumbres y formas de vida. Cuando se produce un equilibrio entre ambos términos se obtienen productos tan armoniosos como las Ciudades-Estado de Grecia. Cuando prevalece totalmente el campo florece el feudalismo sobre la base de los siervos de la gleba. Cuando predomina netamente la ciudad las formas imperialistas del pensamiento, la técnica y la dominación política anulan los valores campesinos en todo lo que estos tienen de espontáneo y auténtico.

En la historia uruguaya se advierten dos momentos claramente delimitados, uno de predominio del campo y otro, de auge de la ciudad. El primero se extiende desde los albores de la nacionalidad a fines del siglo XIX. El segundo se precisa después de 1904 y hace —aparentemente— crisis en nuestros días.

Durante la primera etapa se puebla la campaña, se crea y robustece la célula omniproductiva y autárquica de la estancia, se forjan los caracteres hípicos y épicos de la idiosincrasia ganadera. Durante la segunda, anunciada por la marea agrícola que comienza a desplazarse del anfiteatro canario al litoral del río Uruguay después de la Guerra Grande, nace la época civilista —esto es, urbana— y se produce la pacífica aunque formidable revolución batllista de la socialización del Estado y la industrialización del país.

No conviene, sin embargo, simplificar tanto. Los contrastes tajantes son despistadores. Es preferible el matiz, el análisis sociocultural practicado faseológicamente, al modo de Müller-Lyer. De este modo el proceso demográfico y social del poblamiento del Uruguay abarca un número mayor de etapas y se advierte que lo urbano intenta coexistir, desde un principio, con lo rural.

Provisoriamente, pueden reconocerse nueve períodos. Los seis primeros pertenecen a la época colonial y los tres últimos a la época republicana.

1º) *Poblamiento dirigido.* — Los españoles procuran la dominación y conquista de la Banda Oriental en abierta pugna con el heroísmo del aborigen. No existe aún el campo pues los pueblos salvajes, al vivir en la única dimensión de su economía primitiva, carecen de contenido rural ya que éste sólo se define por la presencia de lo urbano (Redfield).

Hay dos momentos sucesivos en esta primera etapa. El de la conquista violenta, jalonada por los fracasos de los fortines de San Salvador (1527), San Juan (1552), San Gabriel (1573), San Salvador otra vez (1573-76), y el de la conquista pacífica, señalado por tres hechos fundamentales: a) los desembarcos de ganados vacunos ordenados por Hernandarias en 1611 y 1617; b) la fundación de las Reducciones Sorianas en 1624; c) la instalación de las Misiones Jesuíticas en el Alto Uruguay desde 1625 en adelante. Parece un contrasentido incluir aquí al ganado en pie de igualdad con el hombre. Pero la presencia y el consumo del ganado vacuno europeizan en cierto modo al indígena y permiten el sostén alimenticio de los primeros núcleos de evangelizadores y evangelizados en el Alto y el Bajo Uruguay.

2º) *Poblamiento espontáneo.* — Los intentos de fundar núcleos poblados estables en la Banda Oriental durante los siglos XVI y XVII fracasaron. La violencia no pudo doblegar la voluntad libertaria del indio y la persuasión, representada por las efímeras y languidecientes Reducciones Sorianas, fue neutralizada por las depredaciones de una ganadería cimarrona que, a la postre, defraudó las esperanzas de Hernandarias. En efecto, los ganados destrozaron con sus avances los minúsculos sembrados de los agricultores indígenas y la vida pecuaria, riesgosa y espléndida en su barbarie, cautivó de modo irresistible a los labriegos guaraníes y chanáes que cambiaron la sujeción de la azada por los ocios de la equitación.

El poblamiento espontáneo que entonces se produce no obedece a ningún plan. Abandonada la agresiva y pobre Banda Oriental a su destino pastoril, son americanos y no españoles los que comienzan a ocuparla para explotar las riquezas semovientes. Llegan del otro lado del río Uruguay los arrieros de las primeras vaquerías y se convierten luego en corambreros ilícitos, al margen de los permisos concedidos por el Cabildo de Buenos Aires. Pronto, se origina en la Banda Oriental la figura delictiva del changador (¿del francés *echanger?*) que contrabandea cueros y se suma a los desclasados rurales que erraban por las cuchillas degollando a los poco avisados y amancebándose con las indias. Por su parte, los tapes de las Misiones descendían hasta el Río Negro para volver a sus estancias con enormes tropas de ganado cerril y no faltaban tampoco los piratas terrestres —los mamelucos— y los marinos —los franceses— en el inquieto amanecer demográfico de la tierra de nadie y de todos.

Este poblamiento visceral, formado por una perdigonada de hombres aventureros que debían encontrar su pareja femenina en las tribus aborígenes, inaugura la vida campesina uruguaya. No hay ciudades aún en nuestra Banda, pero el campo existe. Es Buenos Aires la que, desde su lejanía, gravita tenue aunque significativamente sobre el azaroso *hinterland* de las cuchillas orientales. Sus símbolos e instituciones aseguran la existencia económica y sociológica de un campo humanizado y de una vida rural primitiva. De cualquier manera, el campo precede a la ciudad en la formación de nuestra nacionalidad y ello tendrá decisivas consecuencias durante mucho tiempo.

3º) *Poblamiento geopolítico.* — Cuando Portugal fundó la Colonia del Sacramento en 1680 cumplía con un designio largamente meditado. Su política litoralista tenía dos objetivos: al norte la desembocadura del río Amazonas y al sur el estuario del río de la Plata. Buscaba así el pequeño pero activo rival de España consolidar sus posiciones a lo largo de la costa atlántica y preparar un vasto trampolín para la conquista del interior de América.

El primer núcleo poblado de importancia que se implanta en el Uruguay es una factoría portuguesa. No dialoga la Colonia do Sacramento con el campo y adyacente sino que busca, por medio del contrabando, minar la economía de España y atraer a los díscolos pobladores de la Banda Oriental a la esfera del comercio ilícito. Colonia carece de teleología urbana: la ciudad, eco del territorio y protagonista del drama cultural que tiene a la región por escenario, debe ser el abierto mercado de los productos rurales y su halo civilizador ha de extenderse a los campos adyacentes para que su figura cobre sentido. Nada de eso sucede con la primigenia ciudad portuguesa. El campo oriental se autoabastece y desarrolla al margen de Colonia; Colonia está unida por un flotante nexo de navíos a las ciudades portuguesas de ambas riberas del Atlántico y en nada corrobora la tumultuosa y larvada vida del campo oriental.

4º) *Poblamiento represivo.* — Cuando los portugueses quisieron fundar una segunda ciudad en la bahía de Montevideo los españoles sintieron, aunque tardíamente, despertar su interés por la Banda Oriental. Pero este no era un interés positivo sino negativo; no surgía en nombre de una afirmación económica sino de una punición política. Montevideo nace entonces en 1726 —dos siglos después del intento de fundar San Salvador y un siglo después de las Reducciones Sorianas— para enfrentarse al

Pueblo de Santa Lucía. (Acuarela de Juan Besnes e Irigoyen, 1855.)



El patio de la estancia Las Tres Marías. (Foto Comisión Nacional de Turismo.)

politisches Raum externo del portugués (traducción de un obsesivo e íntimo *Lebensraum)*, por un lado, y para reprimir el desenfrenado contrabando que practicaban los pobladores del campo, por el otro.

De nuevo se produce, aunque con distinto signo, el anterior divorcio entre campo y ciudad. En Montevideo se radican el orden europeo, la legalidad armada, el concepto jurídico de soberanía, la economía monetaria, la pirámide clasista, el puerto transatlántico. En el campo siguen reinando el caos americano, la clandestinidad y la arbitrariedad como sistemas, la anarquía como forma de vida, la economía natural, la marginalidad sociológica, el telurismo ensimismado. Montevideo es el presidio, la represión, la sede del extranjero; el campo es el escenario de la libertad y el libertinaje, el ámbito de los diestros y los fuertes, el vivero del criollismo. Montevideo se enfrenta al campo ya poblado por americanos ganaderos y coloca entre ambos el cinturón económico de los agricultores canarios y la advertencia de la legislación penal; el campo se enfrenta a la ciudad que pretende avasallar sus fueros y le contesta con el bandolerismo, el abigeato, el vagabundeo de sus gauchos, las correrías de sus contrabandistas y el ademán de sus caudillos.

5º) *Poblamiento centrípeto.*— Montevideo debía asegurarse un campo adicto para proyectarse sobre el mismo y establecer una ósmosis económica y espiritual que permitiera la mutua supervivencia. No hay ciudad sin campo ni campo sin ciudad. El axioma es intuído por el genio colonizador de los españoles y desde la modesta ciudad, integrada por militares y pequeños funcionarios de la Corona, se comienza a formar, racionalmente, una zona de influencia.

La jurisdicción de Montevideo era relativamente pequeña. Abarcaba desde las sierras de Maldonado y Minas, al este, hasta el arroyo Cufré, al oeste. Por el norte la limitaba el Camino de los Faeneros que seguía el *divortium acquarum* de la Cuchilla Grande del Centro, entre el nacimiento del arroyo Casupá y el del río San José. Englobaba, pues, en su "campana", los actuales departamentos de Montevideo y Canelones y parte de los de Maldonado, Florida, Flores y San José.

Montevideo fundó en su jurisdicción estancia y pueblos con criterio hegemónico y estrategia regionalista. No dejó las cosas liberadas al azar. Persiguió a los malevos, a los matreros, a los gauchos malos. Estableció severa vigilancia sobre las vidas y haciendas de los paisanos dedicados a las tareas agrícolas y ganaderas. Tuvo comunicación constante con los pequeños núcleos nacidos a su amparo. De este modo surgen Maldonado (1757) en el reborde oriental de la jurisdicción; Canelones (1778), precedida por la Capilla de Santos levantada en 1755; Las Piedras (1780), fundada por pobladores desgajados de Montevideo; Pando (1781), con la base de familias canarias asentadas en el lar de un antiguo faenero; San Juan Bautista —luego Santa Lucía— (1782), sumando a los contingentes de un fortín el caudal de 36 familias asturianas y gallegas; San José de Mayo (1783), merced a la transferencia de maragatos, asturianos y gallegos de la fracasada colonización de la Patagonia; Minas (1784), formada por 40 familias asturianas y gallegas; Porongos (1804), asentada en la cuchilla del mismo nombre bajo los auspicios de Fray Manuel Ubeda, etc.

Paralelamente, se establecen estancias regidas por españoles y sus descendientes criollos en zonas previamente escogidas y de inmediato los pequeños oasis humanizados se vinculan con la ciudad, utilizando el sistema vascular de los primeros caminos de cuchilla.

Montevideo y su jurisdicción constituían, en consecuencia, un *continuum* rural-urbano; formaban una unidad económica y social articulada en un intercambio de hombres, productos e ideas que le confería sentido civilizatorio, disciplina institucional y conciencia histórica.

6º) *Poblamiento centrífugo.* — En su magnífico estudio *Orígenes Uruguayos* —tantas veces por nosotros citado y alabado— el Dr. Felipe Ferreiro explica las razones por las cuales la Banda Oriental creció de espaldas a Montevideo y su jurisdicción, sujeta a una remota e inefectiva tutela de Buenos Aires y las Misiones. Esta zona se hallaba sometida al malón del indio, a la fechoría del gauderio y a la arbitrariedad del estanciero. Aquí las poblaciones no surgen de acuerdo a un plan orgánico sino de modo caprichoso, como los arrecifes madrepóricos, determinadas por la circunstancia eventual que acierte a nuclear a los habitantes en derredor de una pulpería, de una capilla, de un cruce de caminos. La solidaridad social se produce por motivos positivos —el gregarismo humano— y negativos —la necesidad de defensa ante el malevaje ecuestre— pero no hay un designio político, ni una pauta económica, ni un criterio demográfico que justifique el afincamiento de los pobladores.

7º) *Poblamiento legal.* — Una vez inaugurada la etapa republicana, la joven nación uruguaya se enfrenta al común problema de sus hermanas continentales. La población por decreto o por ley obedece al imperativo alberdiano, unánime en América, y se inspira en los mismos principios del poblamiento dirigido y centrípeto de la primera hora. Poblar es una necesidad: se lucha así contra la absorción geográfica del desierto, se expande el espíritu civilizatorio, se ganan tierras nuevas, se crean fuentes de riqueza, se propicia la aparición de un campesinado. Y los gobiernos republicanos, en los paréntesis de las sangrientas guerras civiles, fundan pueblos a lo ancho y a lo largo de la "Tierra Purpúrea", ya sobre núcleos preexistentes, ya por un soberano acto de creación demográfica y social.

8º) *Poblamiento vial.* — Al dicho de Alberdi "Gobernar es poblar" la realidad territorial de las inmensas distancias de América contestó con el aforismo de Washington Luiz, "Gobernar es hacer caminos". El camino comenzó a unir desde temprano las distantes poblaciones uruguayas con la capital portuaria. Al mismo tiempo iba creando, ya sí ferroviario, ya sí carretero, las pausas de las estaciones y de los pueblos, nacidos en el atardecer de las jornadas o en los jalones del abastecimiento. La estación ferroviaria criolla merece un estudio aparte. Quizá algún día lo intentemos, pero por hoy sólo señalamos su presencia de hito en la distancia, de restinga humanizada en la soledad de las travesías.

9º) *Poblamiento residual.* — La ruptura del núcleo unitario de la estancia patriarcal provocó una escisión demográfica de trágicas consecuencias. En el casco de las estancias permanecieron los patrones, o sus capataces delegados, y las peonadas. Se debía producir con ritmo eficiente, sin el contrapeso de los meros consumidores. Los familiares del peón, los agregados y los deshechos rurales se agruparon entonces en las poblaciones miserables agazapadas en la periferia de las estancias. Estos rancheríos o "pueblos de ratas", surgidos a partir de 1875, son una verdadera patología campesina. Obedecen al alambramiento de los campos; a la transformación de la comunidad pastoril en sociedad, provocada por la irrupción urbana de la tecnología y el salariado; a los imperativos económicos de abastecer con productos de calidad a los mercados ultramarinos. La caracterización de la marginalidad negativa del rancherío no puede agotarse en estos apuntes. Queda señalada para una ulterior integración en un esquema más amplio.

✚

Este primer planteo del enfrentamiento histórico y cultural entre la ciudad y el campo, que no es sólo nuestro si no universal, debe ser complementado con desarrollos posteriores: el diálogo entre la estancia y la chacra; el éxodo del campesino al crisol del suburbio; el mito del gaucho y la realidad del subconsumo; el enfrentamiento del ruralismo tradicionalista con el urbanismo industrializador; el mundo mental de los grandes y pequeños propietarios rurales y la ideología obrera nacida al influjo del pensamiento socialista; el "candombe" y el principismo en la dinámica política nacional. En esta múltiple pugna se destila la esencia del pasado y el presente uruguayos, que forman una unidad indivisible con el ayer y el hoy de América y el mundo civilizado. Ojalá podamos captarla intelectualmente y que este acto del espíritu ilumine las horas duras de nuestro próximo obrar.

Daniel D. VIDART

(Especial para EL DIA)



Un pueblo rural de nuestros días fotografiado desde el aire: Ismael Cortinas, en Flores. (Cortesía del señor Aníbal Barrios Pintos.)



He aquí la entrada sobre la calle Mercedes, a pocos pasos de Florida, del insospechado callejón.

La vieja calleja, donde guardara sus volantas el General Flores, se estrecha en la media luz del atardecer.

UNA CALLEJA INSOSPECHADA

DAR curso libre a la mirada, dejar que el paso tome el ritmo que quiera, sin la premura de llegar a tiempo; eso puede ser una de las formas de la dicha, en esa sincopada existencia que llevamos en la ciudad; y es también ése el único estado anímico en que nos es dado penetrar lo que trajinamos todos los días: paredes, balcones, viejas rejas nostálgicas, entrepisos desparejos, oscuras ventanas diminutas; alguna calleja insospechada, aún, que aguarda nuestro paso.

Con la distracción, un mundo como de sueño toma vigencia en la realidad.

Aquí, en pleno centro de la ciudad vieja, donde la calle Rincón termina, y en la leve curva en descenso que sigue, empieza Mercedes, la gente cruza entre el tránsito barullento, avanza a empujones, desaparece finalmente. En la acera opuesta, el grupo heterogéneo —overoles, nylon, bolsos— renovado sin interrupción, aguarda impaciente la llegada del ómnibus. La mirada va hacia el oeste, por donde ha de venir, o si no se clava en el suelo.

Nadie mira hacia enfrente. Esa entrada vetusta, cuadrada, empedrada, que dice y semeja ser de un viejo garaje, es en los hechos, no bien se traspone ¡un camino vecinal, una "servidumbre pública"!, a pocos pasos apenas de la calle Florida.

Tramo, restante sin duda, de alguna antigua calleja, o senda de tránsito que fue necesario abrir, en su tiempo, para dar acceso a unos predios que no daban a ninguna calle; o resto de primitivos trazados, que el amanzanamiento posterior fue dejando enclavado, encerrado tal cual está, esta "servidumbre pública", es una especie de caja empinada, cuya tapa es un trozo alargado de cielo, que la ropa tendida en este y aquel alambre de lado a lado, no deja ver totalmente.

Esta jaula, digamos, de cinco metros de frente, que luego se ensanchan, por unos sesenta de fondo, estuvo poblada hasta hace unos años, de la algarabía de los vendedores de diarios que esperaban, allí reunidos, entre "sol o número", o improvisadas masas corales, la salida del diario que se imprimía en los talleres que estaban "en el fondo". Y al aparecer el periódico, entre el griterío y las corridas, todo quedaba de pronto nuevamente vacío y en silencio total, hasta el día siguiente, a la misma hora.

Por allí, aguardaban también hasta no hace mucho, los mismos "canillitas", con igual escenografía, la salida de "El País", cuya casa quedaba enfrente, en la esquina de Ciudadela.

Recorremos ahora la calleja, descubriéndola en realidad, ya que es uno de los lugares ocultos, sorpresivos, en que Montevideo semeja una antigua ciudad europea.

El "pasaje", con algo de encrucijada, cae toscamente hacia el norte, marginado por los fondos de verdaderas moles que se elevan sobre grandes sótanos enrejados, cuyas paredes, increíblemente gruesas, están ahí para atestiguar que el tiempo pasa de distinta manera, pero pasa.

Aquellas altas ventanas con barrotes de hierro, son los fondos de una dependencia de la Caja Nacional; este garaje aplanado, que justifica el letrero de la entrada, es donde estaban las máquinas impresoras, cuya mole dejó retorcidos rastros en el piso, como véis; esas líneas actuales, lo más reciente, son los fondos de la firma Staff; y esto, la casa de artículos cinematográficos, que una vez se incendió...

Todo, con fisonomía dispar, entre apartamentos semimodernos o refaccionados, junto a cajones vacíos apilados aquí, algún auto que entra o sale de improviso, ropa colgada que se balancea, caras que se asoman de pronto en esta puerta o allá arriba, configura en lo raro de esta senda, realmente escondida, algo de lo que parece que son, ciertas callejas de lejanas ciudades antiquísimas, que escalan la montaña, o se empinan en la economía máxima de su accidentada topografía.

Recorremos, escrutando, penetrando con avidez todo lo que hallamos, paredes, rejas, ventanas, puertas increíbles, y ya desde el fondo mismo, miramos hacia la calle, por donde la gente, que no tiene mucho tiempo para pensar o para distraerse, pasa a prisa, o espera el ómnibus en la acera de enfrente.

Aquí guardaba sus volantas el general Flores, dice de pronto nuestro casual acompañante lugareño.

Entonces, a estas palabras, también insospechadas para nosotros, aparece es lo cierto, la silueta barbada del azaroso guerrero, entrando con sus tropas por el flanco de la Plaza Constitución, frente al Cabildo...; se embarca después, no se sabe para qué, en la Triple Alianza; y se va moviendo luego, como buscando las sombras, entre la ya declinante luz de este atardecer; hasta que, a pocos pasos de aquí, en la propia calle Rincón, cae finalmente sobre la vereda, en el asesinato misterioso, para no levantarse más, mientras el sacerdote Souberbielle, que pasaba en ese momento por el lugar, le dá la absolución...

Aquí guardaba sus volantas.

La historia proyecta ahora sobre el callejón su rara sombra alargada, que se aviene indudablemente con él; y le pone, mientras nos alejamos, lo que le faltaba para su contenido de leyenda: el puñal, las sombras y el silencio.

Enrique Ricardo GARET

(Especial para EL DIA)



Esto, que parece de una antigua ciudad europea, es el ángulo norte extremo del clausurado pasaje.

EL MUSEO HISTORICO NACIONAL

EL TIEMPO DE RECREAR

LA obra lograda hace olvidar generalmente las etapas previas que condujeron hasta ella; después que se sube se ignoran los peldaños que fueron auxiliares oscuros pero imprescindibles del encumbramiento. Y con raras excepciones, el injusto destino de los precursores también es ser olvidados. Es casi ley humana la ingratitud o el olvido.

Pero — sentimentales sin remedio — por nuestra parte buscamos siempre el revés de la trama, lo escondido y humilde ,el heroísmo anónimo en que se nutren las grandes empresas, la armazón secreta que sostiene la parte visible de las cosas.

Y no cabe omitir, en tren de bosquejar la actividad completa y loable que cumple nuestro Museo Histórico, ese reverso invisible al que basta sólo con asomarse, para comprender las dificultades y el esfuerzo que exige.

La publicación de la "Revista Histórica", por ejemplo, a la que nos referimos en notas anteriores, supone una labor silenciosa y de suma responsabilidad. Uno de los aspectos delicados, lo constituye la copia de documentos antiguos, a los que se les respeta la ortografía original, tarea que requiere conocimiento, paciencia, sentido histórico y honestidad. La corrección de pruebas y la elaboración de índices — trabajos tediosos ambos — insumen muchas horas al Director y a sus colaboradores. Es de competencia del Museo, asimismo, seleccionar y anotar los materiales para los tomos del "Archivo Artigas", así como la publicación de títulos que componen la Biblioteca de Autores Clásicos que edita el Estado. Labor incesante, de la que se ven los resultados, sin avalorar casi nunca la sacrificada dedicación que impone. Aunque quizás lo más valioso de la obra de cada uno, sea esa zona de aislamiento donde la obligación se gesta y cumple con ahínco, hasta con sufrimiento, para que después salga hacia el público como brotada sin violencia, pura y sin coacciones, alada como debe ser, según pedía Ariel, cuanto nazca del espíritu.

Nuestro propósito de descubrir y adentrarnos en el funcionamiento y organización del Museo, nos llevó hasta lo que llamaríamos la trastienda, las bambalinas, el rincón noble y desconocido donde artistas conscientes aplican sus talentos para la consecución de algo que a veces linda con lo milagroso: reconstruir el tiempo.

El taller de restauración y encuadernación está instalado provisionalmente en la Casa de Lavalleja, esperando disponer del local adecuado para desempeñar con total eficacia y comodidad sus funciones, cuando en un futuro cercano la Casa de Rivera anexe al actual edificio, la ampliación que el continuo enriquecimiento del acervo museístico está reclamando.

Se encuadernan allí los manuscritos, prolijamente ordenados y catalogados, preservándose así cuidadosamente un rico contingente de originales de trascendencia nacional. Se restauran grabados y láminas, de los que se poseen importantes colecciones; encuadernaciones, porcelanas, abanicos. Se retocan los marcos antiguos y se tratan las maderas de los viejos muebles atacados por la polilla. Se curan los objetos maltratados y se les limpia de las injurias del abandono o el tiempo. En los salones incómodos para la finalidad perseguida, ésta se consigue, sin embargo, y entre las paredes venerables de la casona hidalga, se produce sin que casi nadie lo sepa, un renacimiento constante. Vemos, ya restaurado, un óleo de Francisco Antonino Vidal, al que se le han restituido los tonos primigenios; vemos a la espera de que se le borren algunos deterioros, el rostro barbado de nuestro tatarabuelo, don Mateo García de Zúñiga; vemos retratos y carteles y planos, salvados de la destrucción por manos hábiles, que pertenecen al antiguo archivo del Teatro Solís. Rostros de actores célebres cuyo nombre es una leyenda, se conservan en las láminas cuya contemplación produce una liviana tristeza. La señorita E. Alberte Kerbe es uno de los duendes de estas resurrecciones artísticas; rehace porcelanas, cerámicas, molduras de marcos, dorados deslucidos. Pero le interesa y se ocupa fundamentalmente del papel. Nos muestra lo que no creíamos posible: reconstruir una hoja de periódico, un manuscrito, una página de libro, a los que se les fueron royendo las esquinas, y dejarlos intactos, renovados y seguros. Nos cuenta el proceso, ¡y parece tan sencillo! Pero a esa sencillez sólo se arriba después de largo adiestramiento. El Director subraya las condiciones de incomodidad actuales del lugar. Incomodidad más evidente cuando se trata de restaurar grandes cuadros, como el que en estos momentos finaliza el pintor Piero Bernini, otro de los coautores del prodigio. Demostración palpable de que la voluntad de realizar vence siempre, sin ampararse en los pretextos socorridos de la escasez de tiempo o la falta de comodidades.

Hace alrededor de catorce meses que Bernini trabaja en la restauración de un óleo de grandes dimensiones: "La entrada del General Flores en Montevideo", del italiano Pietro Valenzani. Enfocado el tema desde el ángulo de las calles Rincón e Ituzaingó, retrata fielmente un momento histórico, con gran riqueza de detalle y colorido, y veracidad descriptiva. Encabezan el desfile el general Francisco Caraballo, Venancio Flores, con una corona de laureles al brazo, el coronel Gregorio Suárez. La gente contempla desde las aceras el desfile abigarrado de las tropas. Entre el público, representativo de todas las esferas sociales, se destacan Pedro Varela, Fermín Ferreira y Artigas, el propio pintor y su familia, y no falta el fiel "Coquimbo", el perro del general Flores. Balcones y azoteas embanderadas contagian la sensación de júbilo, y el conjunto es vivaz y dinámico.

Pero la pintura se caía de la tela, se despegaba del lienzo, y existía el riesgo de perder una obra de tanto mérito documental. Se realizó un prodigio, algo que no parece posible: pasar la pintura vieja a una tela nueva. Dicho así, suena a cosa inverosímil. Sin embargo es de un clásico, es decir, que no es de hoy, aquel adagio: "Creo, porque es absurdo". Lo absurdo e inverosímil son cosas eternas. Y en este caso, lo imposible se hizo. El joven pintor nos relata, con la misma naturalidad con que la Srta. Alberte Kerbe nos mostraba hojas de periódico reconstituídas, el procedimiento largo y fatigoso, con que se trasladó la pintura. Pasó a la nueva tela lo que de aquélla restaba, y es interesante cotejar las fotografías del cuadro tal cómo se veía en el momento de iniciar la restauración y cómo está actualmente. Queda ahora tan sólo una pequeña zona sin retocar que permite apreciar mejor la magnitud de lo salvado. "Planché la tela diez horas seguidas: no se podía interrumpir el planchado", nos dice Bernini al referirnos las etapas técnicas; y todavía lo comenta sonriendo... Pero también sonríe la Srta. Alberte Kerbe. Y también sonríe el Director al señalar las dificultades. Pareciera que a estos estudiosos les atrajera la proeza del obstáculo superado, y que se sienten a gusto cuanto más difícil y lejano se les presenta el objetivo.

Y agradecemos desde aquí al Prof. Fivel Devoto, que con tanta buena voluntad nos ha guiado a través de un mundo habitado por las memorias de la patria, esta lección en que aprendimos cómo el hombre es capaz de rehacer lo que deshizo el tiempo.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Fragmento del ángulo inferior izquierdo del cuadro "La entrada del General Flores en Montevideo".



La señorita Alberte Kerbe, en cuyas manos renacen los papeles deteriorados, las cerámicas rotas.



El pintor Bernini retocando el óleo histórico de Valenzani. Obsérvese como resalta, hacia la izquierda, la zona ya restaurada.



Piero Bernini indica una rasgadura de la tela en el cuadro de Bompland que representa a Artigas en el Hervidero.



Correspondencia para doña Julia. Con respeto afectuoso, el cartero saluda a la gentil viejecita, a la cual, aunque no a menudo, escriben personalidades del país.



Una reproducción del dibujo histórico de Bompland, que constituye una de las reliquias familiares de doña Julia Gadea de Gadea, hace marco a esta foto. Ella permite apreciar su sorprendente parecido físico con su gran antepasado.

JULIA GADEA DE GADEA BISNIETA DE ARTIGAS



EN la mañana soleada, las antiguas calles del barrio de la Aguada, recortan sus caseríos evocadores de tiempos provincianos. Allí, donde Minas termina, desembocando su empedrado de cuña y sus muros de otro siglo en el gran escenario moderno del Palacio Legislativo, a la puerta de un zaguán vecinal, estrechamos por primera vez, conmovidos, las manos de una viejecita de vivo mirar y altivo porte. Ya nos lo han anticipado: "Cuando conozca a doña Julia Gadea de Gadea, bisnieta de Artigas, se quedará asombrado de su parecido con el Héroe".

Y así ocurre, en efecto. Es como si el perfil físico de la leyenda, volviendo del pasado, se presentase de pronto a nuestros ojos. No podemos reprimir nuestra emoción y con ternura, examinamos y recorremos aquellos rasgos, mientras las dulces palabras de la viejecita, de acento firme y claro, nos acogen e invitan a pasar, con innato señorío. Son los mismos ojos azules, ligeramente acerados; la misma nariz aguileña y osada, el mismo mentón pronunciado revelador de un fuerte temple, la misma frente amplia e inteligente.

El historiador amigo Ariosto Fernández, que tanto ha profundizado en la investigación artiguista, nos decía hace algún tiempo, luego de recibir un interesante material fotográfico, de la Puebla de Albortón, el mu-



En su pulcra habitación, que ella misma acondiciona con diligencia diaria, doña Julia conversa con su buena amiga y compañera, la Sra. Blanca López de Vallarino.

nicipio aragonés en donde surgió hace más de dos siglos la estirpe de los Artigas:

"Los Artigas tienen un gran poder transmisor de sus rasgos fisonómicos y de sus características individuales, de generación en generación". Y nos mostraba fotos de los actuales descendientes españoles de esa estirpe, hombres y mujeres, en los que aparece reflejada esa singular similitud, no atemperada por el paso del tiempo.

La observación de Ariosto Fernández acudía a nuestra memoria mientras contemplábamos el rostro venerable de doña Julia Gadea de Gadea. Del general José Artigas, sólo existe un testimonio iconográfico directo, el dibujo hecho por el sabio naturalista Bonpland, cuando visitó al Héroe, ya muy anciano, en su exilio del Paraguay. La cabeza de esta viejecita vecina de la Aguada es la misma que dibujó Bonpland del natural hace más de cien años. Constituye un testimonio vivo de la fidelidad de aquel dibujo histórico, tan caro al corazón de los uruguayos. Quienes, pintores, retratistas o historiadores, quieran recoger en el presente ese testimonio para atesorarlo como un documento artiguista de futuro, harían bien en visitar la tranquila casita de las calles Minas y Madrid y copiar esa cabeza, estudiando al propio tiempo el físico y el carácter de doña Julia Gadea de Gadea.

✚

En una conversación animada e inteligente, doña Julia nos ha narrado su vida. Tiene ahora 89 años de edad, pero se conservan sanos y fuertes, su mente y su cuerpo, pequeño, pero de vigorosa traza artiguista. Nació el 28 de enero de 1869 en Las Pavas, una región típicamente criolla del departamento de Treinta y Tres. Sus padres fueron Liborio Gadea y Clementina Sans de Gadea. Su abuela paterna, según nos lo expresa, fue Fortunata, la hija de Artigas casada con Gadea. Siguiendo una costumbre ya al parecer tradicional en la familia, Julia Gadea se casó en 1903 con su primo Olegario Gadea, también nativo de Treinta y Tres, e hijo de Juan Gadea y de Fermina Román. El matrimonio se realizó en La Unión, en donde se crió y residió durante casi toda su vida doña Julia. Enviudó en 1908 y desde entonces su existencia fue muy dura y difícil. Ni ella ni su esposo conocían su ascendencia artiguista, descubierta mucho tiempo después. Su esposo, militar, murió pobre, después de haber sido en 1904, según lo expresa doña Julia, asistente de don José Batlle y Ordoñez en Piedras Blancas, sin que nadie conociese, por entonces, la identidad histórica de aquel soldado. Desde que tenía un año de edad, Julia Gadea vivió en la calle Pan de Azúcar, en la Unión, cerca de 8 de Octubre. Allí se casó, enviudó y crió sus dos hijas, haciendo frente valientemente a la vida en dura lucha con la pobreza. Durante 30 años estuvo empleada como doméstica en casa de la familia Carrau, que también ignoró siempre el parentesco artiguista de aquella sufrida e infatigable mujer, leal en el afecto y en el servicio.

—Yo —dice doña Julia— nunca supe nada de mis antepasados y estoy segura que mi esposo tampoco. Hasta que hace ya años, investigadores que indagaban la descendencia artiguista localizaron a doña Julia Gadea de Gadea en su pobre trabajo y en su pobre casita de la Unión. Entre ellos el Dr. Geille, el profesor Ariosto Fernández, el Dr. Moreno Zeballos. Primero se le procuró una pensión a la vejez y luego una graciable, como descendiente directa de Artigas. Hace 15 años que doña Julia cobra esta pensión, que ahora suma 156 pesos.

Con tal cantidad, desbordada hace ya tiempo por el costo de la vida, doña Julia sigue viviendo pobremente, pero con dignidad, abandonados hace ya años sus antiguos duros menesteres. La casa en que reside, modesta pero decorosa, de propiedad municipal, se la proporcionó en 1951 el entonces Intendente de Montevideo don Germán Barbato, por quien doña Julia guarda mucho afecto y reconocimiento. Allí vive apaciblemente, rodeada de la devoción de sus vecinos y acompañada por su fiel amiga, la señora Blanca López de Villariño, que tiernamente le da el tratamiento de abuela.

✚

Aunque sin envanecer, doña Julia se siente con razón orgullosa de su ascendencia artiguista. Mantiene un vivo culto por su gran antepasado, de cuya vida ha leído mucho. La dignidad y el señorío con que actúa dentro de sus sencillos hábitos y de su pobreza, son propios de su individualidad, pero también hay en ello una manifestación consciente de lo que su ascendencia significa. Oyéndola hablar con firme acento, se tiene a poco un índice de su carácter y entereza. Hace años, en una ceremonia patriótica artiguista, a la que asistía el entonces presidente general Baldomir, se presentó de improviso; y sin inmutarse ni vacilar, se dio a conocer, declarando que consideraba justo que el Estado mejorase su situación. Ese fue el origen de su actual pensión graciable.

De gran vitalidad y fortaleza, a pesar de sus 89 años, doña Julia cose y lee sin lentes, arregla por sí misma su habitación y pasea diariamente. Fina y obsequiosa, nos convida con masitas y licor, a la vieja usanza, mientras nos habla con cierta inquietud de su casita.

—Hace poco me avisaron de la Intendencia que la van a demoler, pero que me darán otra. Yo no sé, señor, si cumplirán. Vivo muy tranquila aquí desde que el Sr. Barbato me ayudó, pero si tengo que salir de esta casa, no me alcanzará la pensión para pagar el alquiler de otra.

Hace unos meses doña Julia estuvo enferma en el Hospital Militar, donde la atendieron solícitamente. Expresa su gratitud para cuantos la atendieron allí y nos pide que la hagamos pública.

Cuando nos despedimos de esta viejecita gentil, que nos colma con sus atenciones de abuela buena, seguimos pensando, como en todo el curso de la entrevista, en el destino oscuro de los descendientes de Artigas, merecedores de mejor suerte.

Doña Julia es la última de 16 hermanos de la familia Gadea Sans. Todos los demás han muerto ya, y ella es lo que queda de la descendencia directa de aquel gran capitán guerrero de las fronteras de Santa María, Misiones y Santa Tecla; primer caudillo de los orientales, estadista y político de pensamiento ilustre, abanderado de la libertad americana, batallador indoblegable ante la adversidad y vencedor de ella ante la historia.

Pero esta viejecita, pobre, modesta y olvidada es sin duda una auténtica Artigas y sabe llevar con honor la sangre de su glorioso antepasado.

Guadalupe VIDAL

(Especial para EL DIA)



A los 89 años, membruda y vigorosa como todos los de su estirpe, doña Julia lee y cose sin lentes, y conserva intactos los atributos espirituales de una firme personalidad.



El remanso apacible de la calle Minas, allá en la Aguada, es el marco vecinal en donde transcurre la vida modesta de la nonagenaria descendiente artiguista



Contraluz hacia el Palacio Legislativo. "¿Tendré que abandonar esta casita, en donde vivo tan tranquila, desde que don Germán Barbato me la cedió?"



Perfil de piedra y agua bajo el dosel de las grandes nubes viajeras del verano.

Desde Punta del Este

LA PRIME

LA llegada del esperado, esplendoroso verano puntadelesteño, no es cualquier cosa.

La península vive en estos días su despertar dorado. Aplacados los duros vientos atlánticos del invierno, toda la ciudad balnearia se cubre con el color de la nueva estación, que a la luz de la primera lámpara del verano, despliega sus banderas, como camisas de hombres marineros tendidas al sol. Los apresurados turistas —que ya son legión— se acercan a los médanos, cruzan las plazuelas, se detienen con azoramiento frente al mar y allí permanecen abrumados, soportando su ingente capacidad de ensueño, un tanto lejana, un tanto imprevista.

Pero Punta del Este no es una fantasía. No es el espejismo de un sueño. Su belleza no se compone de ilustres fragmentos, de esos que conforman un mundo roído y de otros tiempos.

Punta del Este es la juventud sin oposiciones. Es la alegría de vivir de hoy. No hay sensación de libertad que pueda comparársele. Todos los bienes de la tierra se conjugan en su mágico, en su hermoso, en su único destino de alegrar a los hombres.

Cada año, apenas se anuncia el estío, el canto de sirena de Punta del Este, se propaga a Montevideo, alcanza las calles cartaginesas del Gran Buenos Aires, se expande en las brisas calientes que ahogan al sur del Brasil.

Elegantes multitudes llegadas de lejanos lugares, vienen a sumergirse en su luz ardiente y fina, para someterse a la luminosa reclusión, a su encantamiento de Bella Durmiente, a su simplicidad de muchacha del mar, que despierta y sonríe puntillosa

Playas hasta hace pocas semanas casi desiertas, se van poblando de niños y mujeres, que trazan con su dinamismo, relampagueantes pinceladas de electrizantes colores pastel, en la palidez de la arena.

Cielos límpidos y generosos, suceden a las últimas emigraciones de grandes nubes algodonosas que avanzan con pereza hacia el desprendimiento diamantino que tendrá lugar en remotos plantíos.

También las embarcaciones porteñas ala-

mente al viajero, entre rosales de agua salada y tatuajes de estrellas y guijarros color oro-ámbar.

Este año, el crecimiento del movimiento turístico en la península, promete alcanzar aspectos realmente excepcionales. No hay más que pararse en Gorlero para comprobarlo.

En número sin precedentes, los veraneantes comienzan ya a invadir pacíficamente las playas, y hasta tal punto es de nutrida la asistencia, que nuestro primer balneario incluído por la difundida revista "Life" entre las tres playas más famosas del continente, ha cobrado una animación que otros años era sólo habitual en el mes de febrero, al culminar su clásica gran temporada que se prolonga hasta comienzos de marzo.

Recién ahora en estos primeros días inéditos del año, se puede volver a apreciar la enorme corriente turística argentina, a la cual la dictadura de Perón asestara un golpe mortal.

Lo que queda dicho no es sino una conclusión incontrovertible frente a la evidencia de esta multitud anónima que está llegando actualmente a Punta del Este, deseosa de pasar la vida soleándose, pescando, bailando o adoptando otras formas del descanso engañoso que son los veraneos en sitios de moda, y que aquí, como en pocos lugares, se efectúa sin formulismos, casi siempre bajo la advocación pagana del sol y el constante retintín de las fichas de la industria de los juegos de azar.

Cerrado el paréntesis de espera que impone el invierno, la península adquiere el mismo ritmo febril que es su coordenada más característica.

Las opulentas residencias de los bosques abren sus puertas y balcones tantos meses clausurados. Los escasos hoteles, negocios y sitios de diversión, empiezan a resultar exiguos para alojar a la gente que llega.

Pero por sobre todo, el balneario pertenece a ese esplendoroso huésped que el estío platense, dispuesto también a dilapidar sus fanegas de oro, como haría el más ostentoso turista en las caprichosas mesas de juego.



Las primeras embarcaciones que arriban esta temporada a Punta del Este.



Como perros encadenados, saltan las

Los niños veraneantes, incansables buscadores de tesoros perdidos, siguen la huella que el pirata francés Moreau dejó en estas playas.

...RA LAMPARA DEL VERANO

...s del Tigre, van extendiendo la comuni... blanca y flotante, que se instala en la ...a del puerto.

...l verano de 1959 entró a la ciudad por ...avenida Gorlero y fue dejando al voleo: ...sas al aire libre con manteles inflados ...mo faldas al viento de señoras obesas; ...dadas de agitanados turistas que igual que ...aros revoltosos vuelan de aquí para de...erse en seguida; secretos jardines de ro...es y palmas donde siempre se encuentra a alguna sorprendida lectora abstraída en el mundo mágico de Virginia Woolf o de la Mare.

Hay en cada ser un tácito reencuentro con la vida de playa, con el sol y el oleaje.

Y junto con eso, la transformación del paisaje. Todo lo que fue gris-plata en agosto, ha cobrado una rotunda coloración esmeralda, azul y rosa de alborada. Las gaviotas se alejan a lo largo de toda la costa, se instalan en las islas, se introducen audazmente en el mar.

A medida que avanzan los días, las noches son más breves, las aguas más tibias, las mareas menos agresivas.

Por todas partes siguen estando los milagrosos pinos, fuente de gozosa y deliciosa frescura en lo más quemante del verano, y que confieren al cielo y al mar un marco contrastante, verdinegro.

Quizás al principio resulte difícil decidir en qué sitio será más pródigo el presunto exilio que nos demanda este devenir tumultuoso y caótico del tiempo, que no se detiene ante nada; en qué lugar la felicidad producirá la cabal sensación segura y profunda, que todos los hombres perseguimos con esa tenacidad hambrienta que nos cuesta de a poco la vida.

Después, se termina dócilmente por abandonarse a la idea, de que Punta del Este pueda ser ciertamente ese paraíso elegido, esa utopía recobrada.

J. R. CRAVEA

(Especial para EL DIA)

Fotografías de E. de Grandi



...s tratando de apresar a las aves marinas.



La atracción de los baños oceánicos en forma masiva en Playa Brava: un rito que se renueva cada año al llegar enero.



Aurelia Viera, en la época a la que se refiere una anécdota de esta nota.

JACOBO VARELA Y AURELIA VIERA

ENSEÑAR es una maestranza, y es un arte. Es modelar, con las mismas exigencias de ensueño, espíritu y las leyes didácticas que pone en juego la escultura. Pigmalión y el maestro de escuela —un maestro de vocación, de alma— tienen el mismo destino y conocen la misma suprema ansiedad de animar la arcilla hasta hacerla consciente y vibrante.

Frente a Aurelia Viera yo sentí con una clarividencia fina hasta la revelación, la fuerza siamesa de la maternidad docente y la escultura. Esta admirable mujer que a los noventa años conservaba una juventud ejemplar, llena de iluminado equilibrio, pudo decir algo que casi cortaba el aliento:

—"Yo me formé con José Pedro Varela; fui su discípula".

Una noche la tuve ante mí, plena, fuerte, emocionante. Esta mujer había hablado cara a cara con el Reformador. Y yo la veía ahora como una figura viva del bajorrelieve histórico, orlado de laureles, cuya figura central es aquel hombre que siendo casi un muchacho enfrentó, serena y firmemente al gobernador Latorre, y siendo un mozo hizo por su país tanto como un héroe y más que un conquistador.

*

Oí a Aurelia Viera recogida, humildemente. Le agradecí el don de sus confidencias, y cuando volví a mezclarme a la noche de la calle, no pude menos de decirle a la plena y fría luna de junio:

—"Acabo de estar con una mujer de Plutarco."

Ella me contó, briosamente, tal vez para que los recogiera la crónica, muchos episodios de su vida. Pero de todos ellos elijo éste para dejarlo en el recuerdo. Cumplía dieciocho años cuando se graduó de maestra y veinticinco, pero representando dieciséis, cuando la enfrentaron bruscamente con el cubil de los leones. El "cubil" — bien sabido es desde que apareció la novela de Vicente Carrera — era el barrio Palermo. Y a la escuela de varones de ese barrio llevaron una tarde de 1881 a la maestrita que parecía una niña. Medio desnudos, sucios, desmelenados, los muchachones saltaron por la ventana —desdeñando las puertas— para gritar hasta enronquecer:

—"No queremos maestras mujeres; no queremos maestras mujeres. . . !"

Acompañaba a Aurelia Viera ese día de la toma de posesión del colegio, el Inspector don Jacobo Varela, hermano del Reformador, que habría de morir treinta años después de aquél, cuando ya habíanse recibido óptimos frutos del esfuerzo magnífico: la escuela de Palermo.

Es muy fácil decir esto ahora. Pero en aquella época, si hubiera habido un duro combatiente capaz de enseñar letras a un grupo de salvajes, su lugar habría sido esa escuela de las calles Canelones y Yí, de bravas y merecidas mentas y todavía con la proximidad siniestra del cementerio.

Varela reunió a los potros en el salón principal y sobriamente presentó a la maestra nueva. Tenía pocos años pero venía a libertar toda una generación. El esperaba que se la respetase y quisiese.

El cuadro era torvo. Las patibularias caras hacían digno marco al techo de lona acribillado de plumas de escribir. Un murmullo amenazante se hacía oír sin intermitencias a medida que el inspector hablaba. Lo que esos montaraces entendían era que esa muchacha que se les enviaba traía un freno en la mano.

Casi no escucharon las últimas palabras del inspector.

Y éstas fueron:

—"Volveré dentro de quince días."

Y después de un silencio mínimo:

—"Si no la quieren les traeré entonces un varón."

Y se fue Varela. Y quedó sola Aurelia. Sola, con la jauría. La maestrita que tenía veinticinco años pero representaba sólo dieciséis, la maestrita que iba a intentar una prueba tremenda de quince días —el destino tiene, a veces, jugadas de tahur socarrón— se encontró de inmediato ante una batahola que parecía un frente de batalla.

No era la suya una travesura de los gavroches. Era la agresividad de los matones en potencia. En algunos de los muchachos apuntaba ya el bozo. Por los agujeros de la gorra de otros, los mechones de pelo hirsuto completaban el cuadro de las fachas patibularias: el pucho detrás de la oreja, la boca deformada por la costumbre de la provocación y el insulto. Ella temblaba, pero tuvo la inteligencia de disimularlo. Tiesa, sin desplantes, firme, en una actitud en la que habrían de conocerla luego tantas generaciones de alumnos, la maestrita que no parecía tener más de quince años, ocupó su puesto ante la clase en rebeldía.

Pero antes, cerró la puerta del salón y se guardó la llave.

*

No se le había oído todavía la voz. Debía tener, seguramente débil el timbre, como un murmullo. En ese frágil cuerpo no podría encerrarse otro tono que el de la súplica o el de la disculpa.

Aurelia Viera dijo, con un tono que allí le nació para la autoridad que habría de presidir el dominante magnetismo de toda su vida:

—"¡Párense. . .!"

Pero esta sola palabra tuvo un tono, una vibración tal, que lo inaudito se realizó: todos, todos, sin una excepción pusiéronse de pie. No es que se callaran. Siguieron protestando porque les habían mandado una maestra, y a ellos no los mandaría nadie que usara polleras. . .

Siguieron protestando a gritos aquellos muchachones indómitos, acostumbrados a la indisciplina y al desorden. Volaron todavía algunas plumas de acero clavándose en el techo, hasta que de pronto Aurelia, con el mismo tono que le dio el destino para ser obedecida y respetada siempre, dijo:

—"Vayan dejando sobre esta mesa todo lo que guardan en los bolsillos."

Y el milagro se produjo, como un cuento de las mil y una noches. . .

Todo lo que esos bandidos enfundaban en los bolsillos rotosos, fue cayendo lentamente en la mesa: navajas, chauras, trompos, anzuelos, bochones, cigarros, piñas de acero, cachiporras que se adosaban al cuerpo como tablas, pero que desmayaban a un hombre.

Ella callaba.

Al fin recogió todo, lo metió en el cajón del pupitre, echó a éste la llave, se la puso en el pecho, y dijo:

—"Ahora, vamos a comenzar nuestra primera clase."

Y esa primera lección repitióse diariamente con un asombroso y sostenido adelanto, con un orden que no parecía proceder sino de un encantamiento.

Pasaron así quince días.

Y en la tarde del último Aurelia vio de pronto como la clase entera miraba fijamente y en silencio la puerta.

En su marco estaba parado Jacobo Varela.

La maestra levantóse de su asiento y adivinando la sorpresa del recién llegado ante la milagrosa transformación cumplida en tan breve tiempo en esa clase de desorejados, se le acercó preguntándole:

—"¿En qué puedo servir al señor Inspector?"

Y el señor Inspector, fingiendo ya:

—"Vengo a buscarla", dijo.

*

Entonces, con una alegría desbordante por parte de Aurelia Viera, y una emoción apenas contenida por la de don Jacobo, la clase indomable, que había sido amansada por la maestrita, volvió, por unos minutos, a constituir la turba insolente y temible; pero ahora sus gritos tenían un sentido nuevo: las gorras volaban al techo y había chillidos horrendos y amenazas feroces, pero esa batahola iba dirigida a un solo objeto. El colegio tenía, al fin, una preciosa propiedad, y a defenderla tendía la increíble revuelta. La maestra, que los había civilizado desde la entrada, era de ellos, y ellos no consentirían que se la llevaran. . .

*

Desde entonces Aurelia dirigió las más difíciles escuelas, y de cada una de ellas sacó un instituto ejemplar, formando, desde sus bancos, generaciones que la recuerdan con veneración.

La última que fundó fue la de tercer grado Nº 1, el año 87. Se la llamó entonces José Pedro Varela.

En ella la sorprendió a Aurelia su retiro. Fue en diciembre de 1905. Yo no tuve, por eso la fortuna de ser su discípulo. Cuando ingresé en 1906 a la casona de Gaboto y Guayabo, Aurelia Viera acababa de dejar su puesto a Enrique Reyes.

M. Ferdinand PONTAC
(Especial para EL DIA)

USINA ELECTRICA DE BAYGORRIA

(EN CONSTRUCCION)

APUNTES DE PIERRE FOSSEY





La naturaleza bravia se endulza de azules: a lo lejos, el cielo, y allá abajo el espejo del agua.

Un paisaje tropica

UN PARQUE
LA QUEBRADA

El Uruguay es un país de orografía apacible y colinas suaves... Es la fisonomía tradicional que enseñan los manuales.

Pero el Uruguay cuenta, en Tacuarembó, con el Valle Edén, y en Treinta y Tres, con la Quebrada de los Cuervos, y ello basta para anular toda posible leyenda de ondulaciones monótonas, vegetación moderada, naturaleza dócil.

En el marco exultante de la Quebrada de los Cuervos, en un predio donado por el Dr. Francisco N. Oliveres, se inauguró el 21 de diciembre ppdo. el Parque General Artigas, donde pronto habrá un Parador que añada comodidades a la belleza espontánea de la región.

La Quebrada es una sorpresa de nuestra geografía, una garganta agresiva de la que nace el arroyo Yerbal. Montes indígenas que remedan selvas exóticas, helechos, caiaguales, aromos, espinillos, plantas nativas que crecen sin control y adquieren proporciones enormes y entre los árboles, la piedra, y la hondonada recubierta de verdes en todas las gamas, y allá abajo, el agua que rompe contra los peñascos y espumea como en un fragor, y el cacto duro y decorativo irguiendo su altivez plástica en un paisaje insólito de magnificencia, hacen del lugar un jirón tropical con reminiscencias de otras latitudes.

Poseemos un tesoro estético de la naturaleza, en ese rincón agreste, donde las rocas forman ángulos acelerados por los que avanzan vegetaciones criollas, conformando un escenario bárbaro, donde se palpa un aliento telúrico que gravita sobre la espesura, sobre los árboles, sobre los hombres que en él se aventuran. Víboras dañinas y pájaros multicolores habitan en los bosques, y por encima de los contrafuertes pétreos, planean o se detienen como en un friso alegórico, los grandes cuervos que le dan nombre, y que por largas horas se mantienen inmóviles, o apenas oscilantes, creando al atardecer una sensación turbadora de pesadilla y amenaza.

Es un rincón de naturaleza intacta, donde lo humano se empequeñece ante el tremendo empuje del paisaje, única realidad, protagonista verdadero. Esa plácida comunicación panteísta que el individuo experimenta en otras regiones de nuestro territorio, no existe aquí: la Quebrada de los Cuervos, se muestra, pero no se entrega. Mantiene su ergüidura primitiva, su misterio vegetal, su rostro salvaje y sombrío, su atracción peligrosa.

Y hablando de este rincón de hermosura autóctona, no podemos olvidar que ha encontrado su aedo en un gran poeta nuestro. Muchas veces lo há tomado Pedro L. Ipuche como motivo de sus recias estampas, culminantes en un libro que lleva título geográfico: "La Quebrada de los Cuervos". El cantor, a la altura del escenario. "Piso de piedra, costados de piedra, sombra de piedra, aire de piedra, olor y color de piedra Sol de piedra. Y nosotros, ganados por la piedra". Enjuta visión certera de un áspe-



Autoridades de Treinta y Tres con invitados que se aventuraron por el parque recién inaugurado.



...e nos pertenece.

...LAMANTE EN ...DE LOS CUERVOS

...ro panorama, cuya evocación cerramos con estas palabras del mismo Ipuche:

"...Agua entre arenas gruesas... paja con flechas claras... camalotes de velas moradas rizadas... collarcitos de huevos caracoleros... caraguatases coronados... mimbres leales... sombra de toro con sus andersenescas lanzas de rombos agudos... talitas crespos con sus glorietas olorosas... un ceibo espigado de churrinches... luz limpia... aire decorador... sombra feliz...

Aquella mariposa... este pájaro que no sabe nada...".

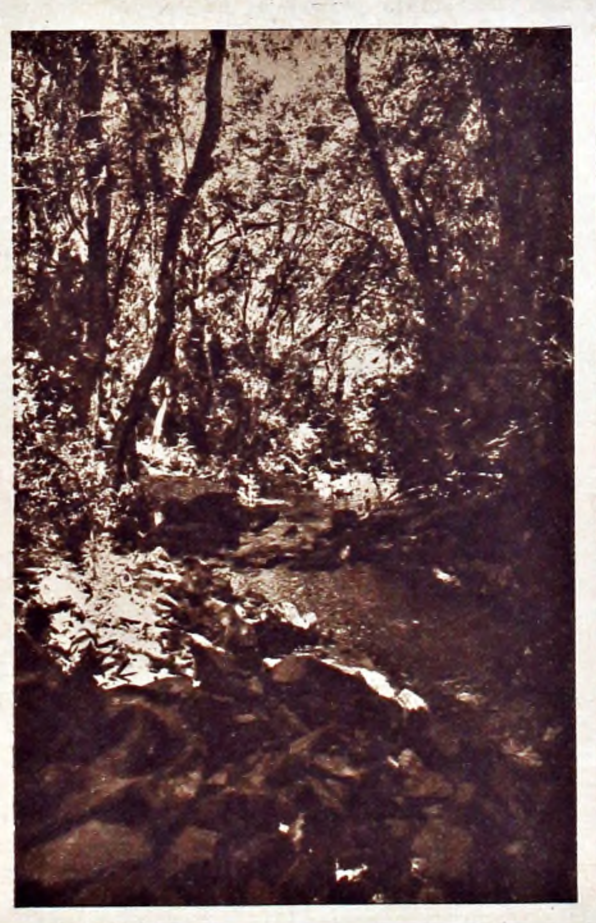
(Fotografías De Grandi)



En un escenario para gigantes, el cacto del primer plano yergue su elegancia agresiva.



El reposo bajo los árboles se traduce en serenidad para el espíritu.



Un brazo de agua, sombras y arboleda: un rincón de pleno embrujo poético.



Estas niñas ponen una nota tierna en el ambiente agreste de la Quebrada de los Cuervos.



El Cuarto Festival de los Coros del Este

SE ha inaugurado recientemente en la ciudad de Treinta y Tres, el nuevo teatro de verano, con un magno espectáculo musical, en el que intervinieron los Coros del Este. Los orfeones de Rocha, Lascano, La Paz, Las Piedras, San Carlos, Maldonado, Punta del Este y Treinta y Tres, dirigidos por el Maestro Néstor Rosa Giffuni, actuaron en un escenario de gran belleza natural, y las trescientas voces mixtas que integraban esa masa coral, pusieron de relieve la disciplina artística que impera en ellos.

Un selecto programa de autores clásicos, como Nanino, Palestrina, Viadana, Vecchi, Banchieri, Di Lasso, y americanos modernos, como Estrada, Yupanqui, Villalobos, Arangüiz, Grau, Ubeda, Fabini, tuvo en esas jóvenes voces excelentes intérpretes, que cumplen de este modo una doble y encomiable tarea: por un lado, una misión estética, y por otro, una verdadera docencia popular, brindando a todos el magnífico ejemplo de un pueblo que canta.

(Fotos De Grandi)



La señorita Raquel Pérez Perera, que el día 27 de diciembre ppdo. celebró sus quince años, grato acontecimiento que fue celebrado en la residencia de sus padres.

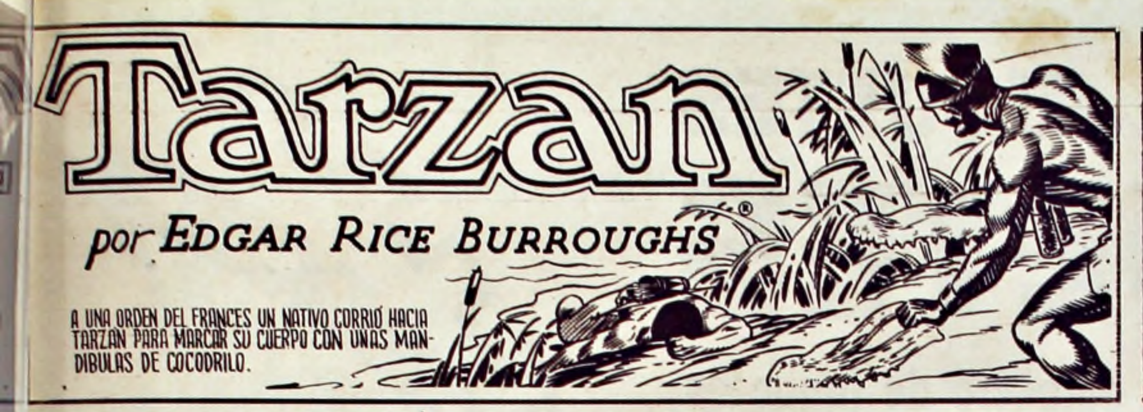


El Ministro de Instrucción Pública, D. Clemente L. Ruggia, con el Maestro Rosa Giffuni.



El niño Carlitos Sahakian García, que acaba de cumplir un año.




Tarzan
por EDGAR RICE BURROUGHS®
A UNA ORDEN DEL FRANCES UN NATIVO CORRIÓ HACIA TARZAN PARA MARCAR SU CUERPO CON UNAS MANDIBULAS DE COCODRILO.


PERO EL HOMBRE-MONO ESTABA ALERTA DE LA SITUACION.


ANTES DE QUE EL NATIVO PUDIERA GOLPEARLO, TARZAN TIRÓ DE LOS BINOCULARES QUE PENDIAN DE SU CUELLO... UN GRITO DE SORPRESA Y ANGUSTIA LLENÓ LA JUNGLA.


PIERRE NO PERDIÓ TIEMPO Y HUYÓ ENTRE LA MALEZA.


DICK VAN BUREN JOHN CELARDO
IBA TROPEZANDO, TIRANDO REPETIDAMENTE MIENTRAS SUS TENSOS NERVIOS LE HACIAN SENTIR QUE ERA PERSEGUIDO.


PERO EL GATILLO TERMINÓ POR NO RESPONDER! ESPANTADO, CORRIÓ HACIA UNA DE SUS CABAÑAS.


SE PRECIPITÓ HACIA UN CAJÓN... "BALAS!" GRITÓ HISTERICAMENTE. "DEBO CARGAR!"


PERO ANTES DE QUE LAS ENCONTRASE, SE ABRIÓ LA PUERTA... ERA TARZAN!!

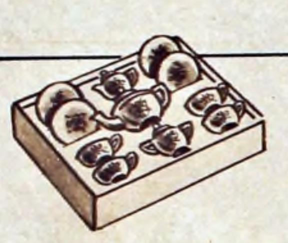


el más GRANDE emporio de juguetes

está en las 3 Avenidas y

Casa Soler

SOLER HNOS. S. A.



Juego de té en loza importada, con originales motivos en alegres colores $ 20.80



Reproducción exacta de violines auténticos $ 8.50 y $ 7.50



Triciclos muy fuertes, en varios tamaños y calidades, desde $ 31.50



Tanque con pila, se mueve en varias direcciones y prende la luz roja en forma intermitente $ 39.50



Notable avión con pila, tiene dirección automática que se mueve junto con la cabeza y brazos del piloto $ 95.00



Auto de gran resultado, con pedales, largo 85 cmt. $ 38.00



Lavadora automática importada, con tapa plástica y movimiento de paletas $ 14.50



Piano de cola de excelente calidad y sonido perfecto, que lo hace muy interesante $ 32.00



Resaltamos la notable variedad de bicicletas italianas para niña o varón, en todos los tamaños, desde $ 250.00



Trompo musical, al girar pasan figuras animadas $ 22.50



Completa cocina con utensilios y spiedo que prende la luz, pareciendo un verdadero fuego $ 85.00



Novedoso juguete a fricción, con guinche de carga y mecanismo que levanta la grúa sobre el camión $ 48.00



Revólver del Far-West con estampido y espirales de humo $ 13.50



Una gran creación significa el oso con pila, ojos luminosos y revólver que al pegar en el tambor lo hace tocar $ 105.00



Camión a fricción, tamaño amplio ya que transporta cuatro coches y con planchada para subirlos y bajarlos $ 98.00

PROGRAMACION EN LAS 3 AVENIDAS Y CASA SOLER:
JUAN D'ARIENZO, estelar presentación en 16 audiciones durante el mes de Enero, por C X 16 Radio Carve y Saeta T.V.—Todos los Lunes, Miércoles y Viernes a las 21.30 hs. por C X 16 Radio Carve. Y todos los jueves a las 21.30 hs. por Saeta T.V.



Original omnibus a fricción, con cámara filmadora y pantalla de televisión con pila $ 65.00

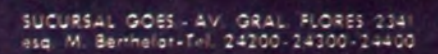


Cochecito para muñecas, en loneta estampada, con toldo $ 21.50

Muñecas Farina irrompibles, con hermosos vestidos, alto 50 cmts. $ 64.00



CAPURRO & Cª.



SUCURSAL GOES - AV. GRAL. FLORES 2341 esq. M. Berthelot - Tel. 24200 - 24300 - 24400

CASA MATRIZ - AV. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61

SUCURSAL CORDON - AV. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11